

Gnoli, Antonio & Volpi, Franco. (2009). El último chamán. Conversaciones sobre Heidegger. México: Los libros de Homero. 89 pp.

«Entre lo extraordinario del pensar y lo ordinario del vivir»: Heidegger y la capacidad de tratar diestramente con el mundo

El valor que encierran los relatos que se hacen sobre un pensador no es el de esclarecer su teoría, sino el de establecer lazos entre las sentencias y las contingencias de un filósofo. Una vida ordinaria despierta así un interés especial, ya que se ha hecho de ella el alimento de un asombroso pensamiento. Tal ha sido el caso de Martin Heidegger. Respecto a él, la analogía del «chamán» se consume al menos en dos direcciones. Una, en relación con el escenario creado por su presencia; otra, basada en el vínculo de su pensamiento con un mundo que acontece. Ambos sentidos confluyen en un mismo escenario: un extraordinario pensar en un ordinario vivir. Fieles a lo anterior, Antonio Gnoli y Franco Volpi presentan una serie de entrevistas a través de las cuales el lector se vuelve testigo de la congruencia entre la vida y la obra de un gran pensador. A raíz de ello, trataremos de matizar el talante filosófico de Heidegger y relacionarlo con alguna de las pretensiones de su obra.

Las conversaciones sobre Heidegger realizadas en este libro logran transmitir la experiencia de su semblante; las entrevistas expresan el testimonio de aquellos pocos afortunados que tuvieron la oportunidad de asistir a una conferencia, lección o seminario de este «chamán» del conocimiento (ver

p. 14). La imagen de Heidegger no difiere mucho en todos ellos. Gnoli y Volpi han alumbrado en los entrevistados el camino del recuerdo, logrando rescatar las experiencias que sostuvieron con Martin Heidegger. El primero en conversar ha sido su hijastro Hermann, quien está a cargo de las ediciones de su padre. El paisaje que muestra la conversación oscila entre la intimidad y el respeto de alguien que vivió con Heidegger. «Era difícil competir en el terreno filosófico con un hombre de la estatura de mi padre. Del enfrentamiento habríamos resultado aplastados» (p. 19), comenta Hermann en relación con su decisión de ser historiador. Son memorables las narraciones que hace Hermann sobre la disciplina con la que Heidegger estudiaba. A primera hora del día subía a su estudio al pie de la montaña, permanecía ahí hasta el sonar de la campana que anunciaba la hora de comer. En este pequeño intermedio no se hablaba de filosofía, la comida transcurría en pláticas de carácter cotidiano, noticias, deportes o demás actividades reportadas por sus hijos. Al terminar le seguía quizá una breve tregua para continuar después con la labor filosófica, donde sólo la oscuridad de la noche señalaría el descanso.

La entrega de Heidegger es inmediatamente reconocida en el relato de los siguientes tres conversadores. Ernst Jünger recuerda las caminatas que hacía junto a él, donde «en su modo de hablar, en sus preguntas elementales pero sustanciales, y hasta en sus largos silencios había alguna cosa que atraía de manera irresistible» (p. 35). Las opiniones de Hans-Georg Gadamer y Ernst Nolte se suman a esta consideración. La impresión que Gadamer relata al presenciar por primera vez una clase de Heidegger da muestra de ello: «en el aire había la sensación de que un nuevo astro estaba naciendo en el firmamento de la filosofía alemana» (p. 46). Y, por su parte,

Nolte nos dice: «era como si este hombre, menudo de aspecto, crease mediante sus palabras una zona mágica y suspendida en la cual tomaba forma la filosofía» (p. 62).

Heidegger vivió en un siglo aventurado que se desarrollaba sobre el terreno de la técnica. La innovación científica y el progreso eran elementos suficientes para hacer soñar a toda una época. «Entonces reinaba un gran optimismo: se pensaba que sería el siglo del gran progreso» (p. 30), comenta Jünger. Y en efecto:

ocurrió un extraordinario avance en todos los campos del saber y de la técnica, pero el optimismo del inicio poco a poco comenzó a atenuarse. Más aún con el conflicto de 1914-1918, que lo afectó de raíz y firmó la muerte de la Belle Époque, especialmente la Segunda Guerra Mundial, con la catástrofe material y moral que provocó y lo demolió (p. 31).

Un poco antes de los años señalados por Jünger, Gadamer recuerda el hundimiento del Titanic como «la primera señal, el primer síntoma de que el progreso no traería solamente rosas sino también espinas y dolores» (p. 44).

En un escenario como éste, el habitante de la Selva Negra construía su pensamiento. El auge de la técnica y sus imprevisibles consecuencias contrastan con una vida enfocada a la comprensión del ser. En su entrevista, Jünger comenta que para Heidegger,

uno de los males fundamentales del hombre contemporáneo es su pérdida de raíces, su pérdida de lugar y falta de patria, bien se puede decir, la desorientación que sobreviene cuando se disuelve el vínculo con la propia naturaleza y la estabilidad que proviene de la pertenencia a la tierra (p. 38),

en otras palabras, el hombre contemporáneo mantenía un trato torpe con el mundo, hecho que a su vez, opacaba la comprensión de su ser.

Este argumento, a saber, que la desorientación del hombre contemporáneo causada por la falta de un vínculo con su propia naturaleza ocasiona un trato torpe con el mundo que opaca la comprensión del ser, puede verse como un motivo o razón para situar el *comprender* (*Verstehen*) como núcleo central de la existencia humana, problema que es estudiado en la primera parte de *Ser y tiempo*. Ahí, Heidegger propone el ser del *Dasein* como un saber de lo que pasa consigo mismo o un experimentar del propio ser como posibilidad existencial. Este saber del propio ser como posible es a lo que le llama comprender, *Verstehen*. El ser-ahí del *Dasein* es el estar-en el mundo, y éste estar-en-el-mundo es, asimismo, aquello por mor de lo cual el *Dasein* es. De esta manera, el *Dasein* puede llegar a comprenderse inmediata y regularmente a partir de su mundo y, por ende, se comprende a sí mismo entendiendo su propio estar-en-el-mundo.

A su vez, en el comprender se da existencialmente ese modo de ser del *Dasein* que es el poder-ser que para Heidegger significa lo que *todavía no* es real y lo que *jamás* es necesario. En este sentido se habla del *Dasein* como posibilidad arrojada, es decir, el *Dasein* es la posibilidad de ser libre *para* el más propio poder-ser. En resumen, el comprender es el ser existencial del propio poder-ser del *Dasein* mismo, de tal manera que ese ser abre en sí mismo lo que pasa consigo mismo. De esta forma Heidegger hace del *comprender* el modo de ser más básico del *Dasein*, permitiéndole, a partir de ello, mantener un trato diestro con el mundo, ya que el comprender atañe siempre a la totalidad del estar-en-el-mundo. En suma,

el *Dasein* puede llegar a comprenderse inmediata y regularmente a partir de su mundo.

Se hace notar en lo anterior, la búsqueda de Heidegger por situar la existencia humana en una experiencia originaria. Pretensión que a la luz de la pérdida de raíces del hombre contemporáneo, ofrece el arribo a una isla originaria donde el hombre puede vincularse con su propia naturaleza después de naufragar por las tumultuosas mareas técnicas y progresistas de su mundo. Heidegger tenía un sentimiento de pertenencia con la Selva Negra, con aquel mundo de campesinos (ver p. 25) en el que encontraba la tranquilidad que reclamaba al mundo contemporáneo. Situar el *comprender* como el modo de ser más básico recuerda aquella calma propia de la vida en provincia, en donde se puede estar realmente a solas, «en la auténtica soledad [que] tiene la fuerza primigenia que no nos aísla, sino que arroja la existencia humana total en la extensa vecindad de todas las cosas»¹. Este modo de ser básico orienta al hombre contemporáneo al suspenderlo en una habilidad originaria propia de su existencia, habilidad que está fundada en la capacidad de tratar diestramente con el mundo en el que se vive cotidianamente.

Contrario al inhábil trato con el mundo que mantiene el hombre contemporáneo, sumergido en su atmósfera complicada y accidental como lo era el mundo de la ciudad, Heidegger resguarda su pensamiento en un ambiente diferente:

Cuando en la profunda noche del invierno una bronca tormenta de nieve brama sacudiéndose en torno del albergue y oscurece y oculta todo, entonces es la hora propicia de la filosofía. Su

¹ Heidegger, M. (1985).

preguntar debe entonces tornarse sencillo y esencial. La elaboración de cada pensamiento no puede ser sino ardua y severa. El esfuerzo por acuñar las palabras se parece a la resistencia de los enhiestos abetos contra la tormenta².

Semejante relato es una muestra de la posición adoptada por Heidegger, para él era claro que el ideal del progreso técnico perdería su fuerza como sucede con todos los ideales. Por ello, Heidegger buscaba vincular al hombre con su mundo mediante una relación que diera cuenta del ser del hombre en cualquier época y, por lo tanto, a la sombra de cualquier ideal. Para cumplir con tal objetivo era necesario retirarse un poco del mundo, salir de la mirada cotidiana y reinterpretar de manera original lo que habitualmente resulta irrelevante. De esta manera, Heidegger rescata esa intimidad con un mundo en el que, de hecho, ya nos encontramos y mediante el que podemos comprendernos.

¿En qué sentido entonces, más allá del puramente metafórico, ha sido Heidegger el último «chamán» del pensamiento? Sin duda, «en su modo de ser se manifestaba la fuerza magnética de su pensamiento» (p. 35), la magia de sus clases fue una prueba de ello (ver p. 45). Pero más aún, las entrevistas nos hablan de un personaje que buscó fortalecer su existencia con su obra. Heidegger era uno de los que él mismo llamaba «pensadores», aquellos que están destinados a pensar un pensamiento *único*, que será siempre un pensamiento «sobre» *el ente en su totalidad*. El pensamiento solitario de Heidegger era capaz de prestar oído al mensaje de qué significa que algo sea, hecho que lo alejaba de la desorien-

² Heidegger, (1985).

tación propia de su época y que a la vez, lograba ubicarlo en la decisión acerca de qué hay en general y de qué es el ente. De este modo Heidegger hace de su pensamiento un pensamiento esencial que sin necesitar de recomendaciones o influencias para llegar a dominar, ha trazado una huella en la historia del ser, es decir, en la región aún intransitada de decisiones futuras.

Las entrevistas que Antonio Gnoli y Franco Volpi nos regalan son un magnífico pretexto para pensar a Heidegger desde una nueva perspectiva; y así ver que «la caracterización de Heidegger como chamán no es un asunto metafórico, ya que verdaderamente fue un *médium* entre lo extraordinario del pensar y lo ordinario del vivir» (p. 86).

José Alejandro Mosqueda Esparza
Facultad de Filosofía y Letras / Instituto
de Investigaciones Filosóficas
Universidad Nacional Autónoma de México

BIBLIOGRAFÍA

Heidegger, M. (1985). «¿Por qué permanecemos en la provincia?». En *Espacios*, 2-6.